

modelo de economía planificada, las luchas internas dentro del partido por el control del poder a la muerte de Lenin o el papel exterior de la URSS durante la Segunda Guerra Mundial. Precisamente, la participación en esta contienda tras la invasión de Alemania permitirá la conjugación del ideario soviético con una reformulación del nacionalismo ruso como forma patriótica de resistencia frente al invasor imbuido de un sentimiento marxista-leninista novedoso.

Las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial son precisamente el momento de consolidación del régimen soviético a nivel internacional, son sus diatribas internas entre continuismo y reforma del Estado legado por Stalin. Este nuevo Estado, basado y cimentado, como destaca el autor de forma clara, en una política de Terror y represión durante los años treinta y cuarenta, será el origen de un sistema burocrático y centralizado de partido único y economía planificada que, a pesar de los cambios, se mantendrá en lo esencial hasta la década de los ochenta, momento en que el régimen gerontocrático da paso a una nueva generación encabezada por Gorbachov.

Los intentos de reforma de este dirigente, en cualquier caso, se enfrentaron con una realidad internacional en que resultaba muy difícil poder apuntalar el régimen soviético. Así, sus políticas reformistas únicamente serán alabadas entre sus adversarios occidentales, pues a nivel interno favorecieron finalmente la descomposición política y económica del Estado y el resurgimiento de los sentimientos nacionalistas de las distintas comunidades que componían la Unión Soviética.

La última década estudiada en el obra, la de los años noventa, representa probablemente el sentido de crisis y contradicción más claramente definido de la Rusia del siglo XX, cuando tras una pérdida evidente de su prestigio y peso a nivel internacional, internamente debe hacer frente a una reforma en profundidad y a la construcción de un nuevo modelo de Estado que conjugue la economía de mercado y los intereses de los viejos jerarcas soviéticos, ahora transformados en políticos democráticos y empresarios capitalistas. Así, los pronunciamientos militares de los primeros años quizá sean el símbolo más evidente de las dificultades de transformación de una sociedad compleja en un nuevo mundo marcado por el capitalismo global.

La obra de Service se convierte, en cualquier caso, en una extraordinaria guía para comprender todo este proceso de cambio que experimenta Rusia a lo largo del siglo XX, combinando el análisis de las políticas estatales y las decisiones y características personales de sus políticos (tan importantes en regímenes de gobierno oligárquicos) con la realidad de la vida diaria en cada una de las etapas objeto de estudio. En este último punto resultan muy ilustrativos los retratos que realiza de las condiciones materiales de ciudadanos soviéticos o de la situación de la producción cultural en relación con las distintas fases y políticas desarrolladas desde Moscú.

Este análisis, sintético en cualquier caso por cuanto abarca un período muy amplio, en un territorio igualmente extenso, y plagado de mutaciones, pero también de permanencias que se adaptan a estas transformaciones (piénsese por ejemplo en el papel de la Iglesia ortodoxa o en los valores tradicionales de las sociedades campesinas) resulta muy interesante para el historiador tanto para comprender estos procesos de evolución en Rusia como para entender su significación geopolítica en la última centuria. Por otro lado, como señalábamos al principio de esta reseña, lo fluido de su texto permite igualmente un acercamiento por parte del profano que enriquece la potencialidad de la obra.

Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja: Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria Chilena*. Santiago de Chile, Editorial LOM, 2009, 340 pp.

Por Rubén Elgueta Reyes
(Universidad de Concepción, Chile)

“La tierra para el que la trabaja”, consigna existente en la década de 1960, se convirtió en el panfleto político para promover la ansiada Reforma Agraria liderada por el presidente Eduardo Frei Montalva (1964-70). Sin embargo, el título poco acercamiento tiene en relación al texto, pues el objeto de estudio en sí mismo no corresponde al proceso aludido propiamente tal - por el contrario-, corresponde a un estudio de las tensiones dialécticas entre mujeres y hombres al interior de la Reforma Agraria.

La profesora Heidi Tinsman de la Universidad de California, en un esfuerzo desarrollado en

Chile decidió hacer una investigación que apostó al uso de las fuentes orales, para dar paso al rescate de testimonios de los protagonistas inmersos en la Reforma al campo chileno. Las otras fuentes trabajadas corresponden a imágenes y documentación de archivos ministeriales. Tinsman explica esta situación fundamentando que su investigación fue desarrollada cuando estaba finalizando el Gobierno Militar, razón por la cual, debió hurgar en distintos archivos ministeriales con documentación concerniente a los años posteriores a 1960, pues el gobierno saliente mantuvo un control exhaustivo de la información del período 1964 – 1973, implicando la inexistencia de un archivo establecido para la Reforma Agraria para aquel tiempo (pp. 25).

El libro aborda los antecedentes generales inmediatos a la Reforma Agraria, para luego ir analizando paso a paso las relaciones entre el peón y el patrón, los lazos de unión en la sexualidad campesina y sus respectivas negociaciones familiares; posteriormente analiza el significado de “hacerse hombre”, a partir de la integración de los individuos a los sindicatos que fueron apareciendo en el transcurso del proceso, con el objetivo de poner fin a los abusos patronales, los que recaían en humillaciones y vejaciones al campesino y su familia. Con posterioridad, se hacen referencias al mutualismo de género – considerando la educación rural, la presencia de centros de madres, y la planificación familiar -, más adelante prosiguen los estudios de las luchas por la tierra con los patrones, campesinos y campesinas militarizados (as), la revolución de las mujeres, finalizando con la separación de todo el componente de las luchas: sexualidad campesina y la crisis social.

En el primer capítulo, la profesora Heidi Tinsman delimita el análisis de la zona comprendida en el Valle del Aconcagua. La autora establece las restricciones del sector estudiado, y a la vez hace una descripción del espacio y sus dinámicas sociales del peonaje, inquilinaje, y el patrón. La vida estaba circunscrita a la voluntad del patrón, él era quien determinaba si les otorgaba o no asentamiento a las familias, las que eran maltratadas si es que notaba alguna situación que le pareciera irregular. El patrón era, según nos dice la autora, quien tenía la superioridad racial por sobre los “chinas” e “indios” que trabajaban la tierra: “La raza también funcionaba como un signo de

jerarquía entre los mismos campesinos. Si bien éstos rechazaban el término indio para sí mismos, impugnando la idea de los patrones sobre su supuesta inferioridad racial e insistiendo en su linaje chileno, los campesinos sí aceptaban la identificación de indianidad con servilismo. Incluso era frecuente que utilizaran el término indio como un insulto hacia otros campesinos.” (pp. 49). Otro aspecto de jerarquías dialécticas, se ve sistematizado ante la categoría del género: las relaciones conyugales en la “figura machista” del campesino; entre los principales aspectos que son analizados en torno a la vida sexual del campesinado, se detectan las dinámicas matrimoniales, las cuales estaban siempre desarrolladas bajo la premisa -según la autora-, de un patriarcado en donde el hombre por lo general, era el proveedor y quien mandaba en la casa, mientras que la mujer, era sexualmente sometida a la voluntad del esposo, quien además la violentaba mediante golpes, maltrato verbal, e incluso forzándola a tener intimidad sexual cuando él lo estimaba apropiado.

La mujer que trabajaba en la casa patronal, estaba expuesta a la violencia por parte del “patrón”, quien podía abusar de ella sexualmente, golpearla si observaba alguna actitud desaprobatoria, o abusar de ella sin causa aparente por un placer personal y resaltar su hombría sobre la mujer afectada.

La relación laboral entre la sirvienta con la esposa del patrón era igualmente de abusos, pues, no solían ser benevolentes con sus empleadas, recayendo en cerrar los refrigeradores con llave y no permitir a la servidumbre de la casa ingerir el mismo alimento que la familia patronal. La “patrona” por su lado, atendía la pulpería de la hacienda, en donde los campesinos podían comprar sus víveres y vestimenta – por cierto a valores establecidos por la propia administración, que recaía en manos de la “patrona” –, donde no tenían posibilidades de competencia, y por lo general, los descuentos ante el salario del trabajador eran recurrentes. Muchos de los trabajadores padecían retenciones de remuneración por deudas con la pulpería, y también por alguna labor mal trabajada.

En cuanto a la vida privada de las familias campesinas, existía un profundo celo por las hijas, se temía por el “mal de ojo”, que estas fuesen agredidas sexualmente, y que se relacionaran con muchachos. También existía el

maltrato intrafamiliar de parte del padre hacia las hijas cuando no obedecían bien las disposiciones entregadas; por lo general, el padre luego de la jornada llegaba ebrio, y golpeaba a su esposa e hijas si es que encontraba que todo estaba sucio, o no se le atendía bien (la autora profundiza esta materia, en el análisis del segundo capítulo del libro).

Retomando la relación patrón-subordinado, Tinsman determina que existió una figura “paternalista” presente en esta secuencia, que daba cuenta de la figura superior del patrón, quien solía ser benevolente, y a la vez estricto si no se cumplían sus disposiciones; la “figura paternal del patrón” se reflejaba en una dialéctica de “regalías–represiones” cuando la situación lo ameritaba. El problema de ello, es que la autora expresa relaciones, conjunciones, y visiones, pero no presenta una definición de las categorías en torno a las dinámicas de poder expuestas, ya que describe tanto los abusos del “patrón” como “los del padre campesino”, en una suerte de similitud que no asienta diferenciaciones profundas más que señalar al primero como “el patrón”, y el segundo en términos de: “el campesino ebrio, y padre de familia”; mas, todo recaía en la figura del machismo cultural. Se advierte que la realidad histórica de la Reforma Agraria es bastante más compleja y diversa.

Tinsman finaliza la exposición del primer capítulo, estableciendo una síntesis de la vida rural en el Valle del Aconcagua y el resto del territorio chileno, “...en general, quedaba circunscrita a la autoridad del patrón y a los requerimientos del latifundio, de modo tal que era extremadamente difícil desafiarla con éxito.” (pp. 63). Pese a que el inquilinaje y el campesinado en general respondía robando, o maltratando el capital productivo del patrón para vengar los abusos y/o situaciones desagradables, el “monopolio del poder”, recaía siempre en manos del patrón, la justicia se administraba, en casi todas las ocasiones, en manos de la administración del patrón y sus capataces.

El segundo capítulo plantea una de las características esenciales de la sexualidad campesina: el maltrato intrafamiliar. El padre de familia era quien mandaba a su mujer, y la golpeaba a su antojo en caso de ver que ella no hacía o no cumplía bien sus funciones domésticas y maritales; en los hombros del esposo recaían las determinaciones más importantes, él tenía la última palabra; tenía el

rol protagónico en todo. Las decisiones frente al futuro de los hijos debían ser aprobadas por el marido, y la mujer tenía el deber de resguardar la voluntad de su contraparte sin posibilidad de discrepar. Por otro lado, las mujeres salían de hogares campesinos, en donde veían a un padre castigador y extremadamente severo, en muchos casos borracho y golpeador de su mujer – situación común y repetida –, las hijas querían romper el círculo vicioso, sin embargo las madres les replicaban que la necesidad de casarse no tenía sentido, para ser maltratadas y atender a un borracho, tener hijos y más hijos; sin embargo la hija que se casaba apurada, convencida de que tendría una vida mejor, “enamorada”, finalmente volvía a recaer en el ciclo de maltratos por un marido borracho. La autora utiliza las fuentes orales para referirse a estos casos, pero no para reconstruir una secuencia de sucesos de infamia intrafamiliar, sino para buscar una linealidad en las realidades del campesino.

Ante las necesidades de modificar una realidad de maltrato, las hijas de manera prematura, - antes de cumplir los 21 años – se escapaban del hogar paterno, y eran llevadas a juicio por los padres para que regresaran al hogar. En la mayoría de los casos el juez accedía al petitorio de los padres, en muchos otros no, pues la hija argumentaba que estaba pronta a contraer matrimonio con su novio, ad portas de formar una nueva familia. Ante las directrices generales del capítulo, se aprecian casos en que la mujer (o al menos de esta manera la autora establece la generalidad), o “hija recién casada” se unía a un esposo que replicaría la conducta de maltrato del padre hacia ella. Es por ello que Tinsman afirma que la madre es quién advierte y trata de hacer cambiar de parecer a la hija, de que el matrimonio era un calvario, que era mejor la soltería. En esta retórica, la autora deja una sensación de linealidad en el campesinado que debe manejarse con atención, no existe “una sociedad campesina”, homologar los estudios de caso siempre es incurrir en un riesgo; para establecer estos parámetros tanto en este como en otros capítulos, la autora debió incluir una tabla que explicitara las pautas matrimoniales a través del censo, y a la vez incluir una segunda gráfica con la cantidad de juicios dedicados al problema ya presentado (entendiendo que en el libro la autora los cita y analiza). De esta manera habría una mayor claridad en torno al comportamiento social del campesinado frente a esta materia. Se cree que al ser una investigación hecha hace aproximadamente veinte años atrás,

más las dificultades propias de la coyuntura histórica chilena para la investigación académica en los años 1990, esta profundización estadística no habría sido posible, sin embargo si la editorial LOM determinó publicar este trabajo recientemente, debió sugerir a la profesora Tinsman que atendiera esos alcances.

Las formas económicas al interior del latifundio, no solo marcaron la dominación masculina, también la profundizaron como una única estructura posible; el hombre perpetuaba en el maltrato su condición de superioridad hacia la mujer, y todo el núcleo familiar. A este respecto la autora señala: “La noción de que la masculinidad derivaba de la habilidad de un hombre para ser independiente y ejercer autoridad sobre su familia, hacía que ésta fuera uno de los pocos dominios en que los hombres pobres podrían ejercer su prerrogativa masculina.” (pp. 90) Sea en espacios de precariedad económica, como también en el hacendado patronal, el valor de la masculinidad y la autoridad del hombre están siempre en la cima de la forma social chilena del campo, desde el período colonial en adelante. Será con la Reforma Agraria que esta situación se verá modificada. Nuevamente la generalización implica un riesgo, ¿qué ocurre con las familias monoparentales?, esta realidad no aparece tratada en profundidad más que en un caso puntual.

En el tercer capítulo, Tinsman rescata características importantes, la primera de ellas dice relación con un análisis del género en torno a la participación colectiva en la cual, los varones se “harían hombres”: “El 19 de julio de 1965, unos mil campesinos del Aconcagua se manifestaron frente a La Moneda en Santiago, ondeando banderas chilenas y consignas pintadas a mano que proclamaban: “¡Tierra para el que la trabaja!” (pp. 91). La autora expresa que las movilizaciones se estaban haciendo inminentes, el descontento estaba generalizado en el campesinado, y ya la propaganda reformista había comenzado a dar que hablar. Pese a la presión por parte del patronado, las reformas se abrieron paso gracias al accionar de la CORA, entidad que era la responsable de expropiar fundos para ponerlos al servicio de los campesinos que deseaban trabajar la tierra. La profesora Tinsman hace referencia en ese sentido planteando: “La aglomeración que vino del Aconcagua a la capital fue una de las pocas manifestaciones organizada por la gente pobre del campo en los tiempos modernos. Ella

señalaba el nacimiento de un movimiento laboral nuevo, ideológicamente diverso, que situaría a los campesinos al centro de la política nacional durante la década siguiente. Después de la elección, en 1964, de un gobierno que no se había comprometido a realizar una reforma agraria significativa, los sindicatos campesinos pasaron de ser células clandestinas a importantes organizaciones de clase trabajadora con apoyo del Estado, entre 1964 y 1970, el número de trabajadores rurales que pertenecían a sindicatos subió de menos de 2.000 a más de 140.000, y alcanzaría a casi el cuarto de millón hacia 1972.” (pp. 91) El “hacerse hombres”, obedeció a una adherencia a los movimientos sindicalistas que proliferó la Reforma Agraria. Las fuentes orales revelan que, la hombría se reflejaba entre los varones a partir de tomar la determinación por adscribirse a una lucha sindical, lo cual incrementó la autoconfianza en los sujetos varones, a tal extremo que la impronta de valentía se fue circunscribiendo y generando cohesión en el movimiento. Para concluir lo anterior, la autora presenta fotografías y una entrevista para situar su conclusión, pero no deja claro si tomó en consideración a varios sujetos y dejó al más emblemático, o simplemente escogió un caso al azar, contrastándolo para argumentar la premisa correspondiente del libro; independiente de cuál fuese la situación, se debe dejar en claro que las fuentes documentales existentes para este período, permiten concordar con la autora.

En palabras textuales ante la gran presencia de la masculinidad, Tinsman concluye: “En este sentido de acción, fue inseparable de la naturaleza exclusivamente masculina de los sindicatos y de la convicción, en el movimiento laboral, del predominio de los hombres sobre las mujeres. Ciertamente, este predominio de la autoridad masculina sobre las mujeres databa de mucho antes de los años sesenta, al anterior del hogar los campesinos jefes de hogar capacitados para proteger y proveer a sus mujeres. Con ello se indica también a los hombres de la clase trabajadora campesina a expandir su poder masculino más allá de los límites del hogar, y ampliar su jurisdicción hacia demandas dirigidas a los empleadores y al Estado. Este sello de masculinidad suponía la exclusión de las mujeres de la mayoría de los espacios sindicales y el hacer públicas las proezas sexuales, eran aspectos que definían la masculinidad sindical.” (pp. 138). La conclusión no expresa mayores novedades, puesto que la figura de “masculinidad”, ha predominado no solo en el

campesinado, también los historiadores del género advierten esta perspectiva para los grupos más acomodados; debe considerarse que el campo chileno (población trabajadora y los propietarios hacendados), se rigen por los patrones culturales preexistentes desde la época colonial, el predominio de la figura masculina se condice por tanto, en una larga duración.

Frente al tema político propiamente tal, la autora concluye que la Izquierda como movimiento, apoyó menos a las mujeres que la contraparte política, esto se da básicamente porque la virilidad masculina – a partir de la categoría principal que trabajó la autora -, fue la que marcó la pauta en el desarrollo y procreación de la praxis sindical, y las reivindicaciones preliminares que se estaban logrando por el campesinado. Las mujeres por su parte, tuvieron más participación en los centros de madre, y en el apoyo a sus esposos, más la directriz de dirigencia se vio comprometida en el hombre.

En el cuarto capítulo, Tinsman analiza principalmente la disyuntiva femineidad-masculinidad, sobre la base de los roles adscritos y desarrollados por ambos sexos. Lo novedoso que surge gracias a la modificación de las dinámicas ocupacionales, es que tanto en el rol del hombre como de la mujer existe un control y limitación de las disposiciones familiares; la esposa puede no servir el almuerzo cuando el esposo no realizó bien su faena como trabajador. Las instituciones como los Centros de Madres (CEMA), aportaron autonomía a las mujeres, otorgándoles la capacidad de independencia de los esposos maltratadores, lográndose una modificación en los modelos familiares en favor de las mujeres. Se cumple por tanto, el mutualismo de género que advierte la autora.

Las poderosas ventajas que trajo el mutualismo según lo que expone la autora, es que las mujeres tuvieron la posibilidad de tener la valentía para terminar una relación tortuosa si es que el trato no les parecía el pertinente. CEMA, al ser un proyecto educacional que otorgó mejores oportunidades a las mujeres, logró favorecerlas según la autora en su revalorización como individuos, con la capacidad de marcar límites y establecer condiciones que debían respetarse hacia ellas mismas (pp. 182).

En el capítulo cinco, las principales ideas que trata la autora se circunscriben a las consecuencias del mutualismo para las relaciones de género, en donde la mujer se vería

beneficiada por un rol más activista en la participación cívica. Gracias al Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) y los respectivos Centros de Madres que existieron tras el mutualismo en la Reforma Agraria, tuvieron la principal ventaja política: Sumar a la mujer en las filas de la lucha por la causa estudiada, convertirla en un sujeto activo y colaborador del proceso reformista.

Pese a los cambios positivos que generó en la mujer la Reforma Agraria, con toda la dinámica mutualista, Tinsman dejan en claro que este gran proceso interiorizó estructuras familiares y formas preexistentes en el campo chileno; la Reforma Agraria mantuvo el patriarcado, generado cambios marginales en aspectos tales como: "... el significado y el valor adjudicado al trabajo, que ahora reconocía solo el trabajo de los hombres como central en el desarrollo nacional. Esto justificó la lógica de la exclusión de las mujeres en los sindicatos y asentamientos –uno de los logros más radicales de la Reforma Agraria- y dio a estas un acceso significativamente inferior al poder político y económico, profundizando su dependencia hacia los hombres." (pp. 220) Se mantuvo la militancia política de los hombres como una masculinidad protagonista en todo el proceso. Frente a esta conclusión de la autora, hay que hacer un alcance importante, y es que la Reforma Agraria tenía como objetivo principal, el velar por la productividad de las tierras, las cuales por la estructura antigua de la Hacienda no era del todo posible; la Reforma Agraria no tenía interés alguno en preocuparse por la igualdad de género, ni mucho menos velar por temas relacionados con el maltrato intrafamiliar. En pocas palabras, no se le puede pedir a la Reforma Agraria que solucionase problemáticas de género que no eran relevantes en su temporalidad.

En el capítulo seis, la profesora Tinsman analiza la coyuntura política chilena, rescatando la presencia del Presidente Allende, quien llevaría el país al socialismo por una vía democrática institucional. El acontecimiento generó profundas repercusiones a nivel mundial, Chile escogía en 1970 al primer presidente de tendencia marxista que llega al poder por la vía democrática. Toda la sensibilidad femenina se recogió por parte de la UP, buscando en ellas un liderazgo y otorgándoles participación activa de los procesos políticos. La mujer en el campo por medio de la capacitación, llegó a tener incluso las posibilidades de traer más dinero a la casa

que el esposo; en la entrevista realizada a Eduardo Placencio se puede observar lo siguiente: “Los hombres temen por su seguridad. Lo que un hombre no puede soportar es [la posibilidad] que su mujer traiga más dinero que él, que ella podría descuidar a los hijos, [y] que podría relacionarse con otros hombres... por lo que el campesino se opone a que su mujer trabaje [en el Centro de Reforma Agraria, CERA] porque él considera un deber fundamental de la mujer la crianza de sus hijos, que lave sus ropas y le prepare su comida.” (pp. 257). Según Tinsman, lo anterior se instaura en el marco de una fuerte inflación que favorecía a las clases bajas para comprar productos nuevos. La autora alude que tanto en los funcionarios políticos como en los mismos campesinos, se advirtió el interés por preservar la estructura patriarcal en las familias, a tal extremo que muchos no exigían a los campesinos que trajesen a sus mujeres a las distintas reuniones de la CERA. Lo anterior derivó a que muchos planteamientos circunscritos al género, no prosperaran del todo, ocasionando que la linealidad en los debates en torno a la mujer, no alcanzaran mayores niveles de progreso hacia el sexo femenino. La autora establece como una regularidad, que los integrantes del CERA mantuvieron a las mujeres a raya, dejando el rol protagónico de la Reforma Agraria activa, sólo a los hombres. La lucha para la mujer, estaba quedando estancada. Esta conclusión presente el capítulo, es sin duda uno de los aciertos importantes de la investigación, permitiendo al lector una panorámica valiosa ante el problemática del género en la historia.

En el séptimo y último capítulo la profesora afirma que la Unidad Popular, había traído aires novedosos para la sociedad chilena, atrayendo a la juventud tras nuevas propuestas y posibilidades, creando además rupturas y desencuentros con las generaciones anteriores. Sin embargo la Dictadura habría hecho lo suyo también. Los movimientos sociales habrían generado quiebres a tal punto que las propias disposiciones de la Reforma Agraria estaban en tela de juicio en cuanto a eficiencia. Sin embargo para las mujeres se desató una tensión fundamental, que generó un conflicto de género en sus relaciones con los hombres, la que es explicado por la autora: “La familia y el vecindario, más que los sindicatos o partidos políticos, fueron los espacios en que las campesinas vivieron y reaccionaron ante la creciente polarización. Los temores de las mujeres provocados por la crisis provenían de la

idea de que las familias estaban siendo negativamente afectadas por fuerzas que escapaban a su control, en un momento en que éstas no solo seguían siendo centrales para la supervivencia femenina, sino que tenían el patrocinio de la UP como la base del surgimiento social.” (pp. 300).

En suma el trabajo de Tinsman es una propuesta importante para discutir ante las temáticas de género, focaliza su análisis presentándolo de manera dialéctica entre las categorías a las cuales se enfrenta la disciplina. Es una contribución novedosa al proceso histórico de la reforma agraria, que si bien la autora afirma no logró cumplir, se constituyó en uno de los elementos desestabilizadores de la Unidad Popular.

Por otro lado, el recurso de la fuente oral que Tinsman utilizó, fue un acierto metodológico para la investigación en historia con actores vivos del proceso, y a la vez extrajo la riqueza de sujetos (as) tal y como las nuevas temáticas de la Historia Actual están proclamando: vale decir, la necesidad de dar “rostro” a los actores históricos. La profesora Tinsman es sumamente asertiva en afirmar que no es necesario saber si lo que dice el sujeto es plenamente cierto o no en cuanto a sus propias acciones, sin embargo reconoce que por medio de la oralidad se pueden identificar valores colectivos que explican la participación de los grupos sociales, dando cuenta de las determinaciones con las cuales ellos actúan. Muchas veces se critica a la fuente oral por lo “subjetiva” que es al otorgar información del hecho histórico; sin embargo, la oralidad permite a la historia una perspectiva interesante, que es justamente estudiar “la subjetividad” de otros sujetos, y ver esta conducta materializada en el proceso histórico. Lo que cabe plantear al respecto es que, al tratarse de un estudio del campesinado de Aconcagua, se debe tener en cuenta las conclusiones no deben ser generales a toda la masa campesina chilena, en donde hubo Reforma Agraria; cada comunidad posee características distintas. Si la autora desea hacer revisiones en su investigación para ediciones sucesivas, debiera tener en cuenta esta problematización.

Es importante hacer algunos alcances de forma en el libro. En primer lugar, indicar que existen pequeños problemas de edición y redacción en los primeros capítulos, donde no se aprecia una coherencia conceptual con los enunciados

pertinentes a una investigación de género; hay faltas ortográficas en los usos de minúscula y mayúscula, que llevan a pensar que es un problema de la traducción, más no de la autora. Considerando lo anterior, se hace sumamente necesario una segunda edición revisada y con los errores ortográficos corregidos, pues sobre todo en los tres primeros capítulos no se hace más que entorpecer la lectura, y conducir al lector hacia errores de interpretación. El título del libro es de por sí, extraño “la tierra para el que la trabaja”, pero se está analizando una dinámica en el género, y parte importante del libro gira en torno al menoscabo de la mujer campesina, teniendo como contexto histórico la “Reforma Agraria” y no como un objeto de estudio. Un título más pertinente podría resaltar los conceptos asociados al estudio dialéctico del género en el campesinado del Aconcagua, pero a la vez, dejando en claro la periodificación y el contexto político e histórico en el que se desarrolla. Si se lee “La tierra para el que la trabaja”, da a entender que el libro tiene como centro el estudio exclusivamente asociado a la división de las tierras en la Reforma Agraria, siendo el tema del género algo secundario.

Wolin, S. Sheldon, *Democracia S.A. La Democracia Dirigida y el fantasma del Totalitarismo Invertido*. Buenos Aires, Katz, 2008, 404 p.

Por Pedro de los Santos López
(Universidad de Cádiz)

Con *Democracia S.A.*, Sheldon S. Wolin nos entrega un libro en el que, por medio de un excelente razonamiento, nos presenta un nuevo modelo con el que interpretar los juegos políticos desplegados por la diplomacia estadounidense, con sus presidentes a la cabeza, erigidos como fieros defensores del bienestar mundial. Bajo esta fachada, cuya imagen se proyecta insistentemente a través de los medios de comunicación, se urden los acontecimientos con el objetivo de enraizar un sistema cuya cúspide es el capital, al que, mediante el control político y judicial, transforman en emblema de la libertad. Todo ello, fruto de la acumulación del conocimiento político, ligado al control social, por parte de las élites, unido a la progresiva y programada desmovilización política de la ciudadanía, da lugar a una democracia dirigida que para Wolin constituye un claro ejemplo de Totalitarismo invertido.

Según este profesor emérito de la Universidad de Princeton, para instaurar este tipo de régimen no se necesita de transformaciones bruscas y profundas, al contrario, se origina mediante un proceso evolutivo en el que, discretamente, se van ejecutando reformas que disminuyen las coberturas sociales de los ciudadanos, ahora convertidos en simples electores, a la vez que se favorece la endogámica intrusión de las élites corporativas, que camuflan la implantación de mecanismos diseñados para controlar las expresiones de la voluntad popular. En momentos puntuales, las elecciones, se convoca a los individuos y se les exhorta a que cumplan con su deber democrático, haciendo uso de slogans, frases directas y breves, que incitan al activismo político de la ciudadanía; sin embargo, una vez superados los comicios, el trámite ha sido cumplido, y las populistas maquinarias propagandísticas estadounidenses vuelven a atosigar las conciencias con aires de inseguridad y miedo, haciéndolas caer en una intrínseca apatía, de la que se aprovechan para diseñar mitos que legitimen tanto la situación actual como las siguientes cuchilladas que ha sufrido, y sufrirá, la soberanía popular.

En Estados Unidos uno de estos pilares es su mito fundacional, olvidado ya el carácter eminentemente republicano, no democrático, de sus padres fundadores. A ello se le ha sumado una nueva epopeya durante los años del gobierno de George W. Bush, George II para Wolin, quien, tras la tragedia del 11 de Septiembre, se irguió como paladín de la justicia, el elegido divino a la cabeza de la nación, que, tal y como anunció su presidente, era “la fuerza del bien más grande de la tierra”. El inicio de las guerras en Afganistán e Irak constituye un claro mecanismo del Totalitarismo Invertido; gracias a la influencia mediática, el partido republicano y sus redes de conexiones, difundieron un sentimiento de miedo frente a un enemigo difuso, invisible, y malvado, que amenazaba la civilización. La figura del terrorista se implantó en la vida diaria de los americanos, a los que podía atacar en cualquier momento y lugar, pues sus rebuscados planes buscaban camuflarse en el país y atacar a la sociedad, corrompiendo lo virtuoso de su tecnología.

Una vez grabada la fecha del 11 de Septiembre en la conciencia nacional, se procedió a engrandecer las facultades gubernamentales, otorgándoles poderes más intrusivos a costa de sus competencias de bienestar social, aquellas